

RISALAT AL-HUQUQ
TRATADO DE LOS DERECHOS
DEL IMAM ALI IBN AL HUSAYN (a.s.)

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

El Imam que vino tras Al-Huseyn ibn Alí, la paz sea con él, fue su hijo Abu Muhammad Alí ibn Al-Huseyn, Zayn al-Abidín, las bendiciones de Dios sean con ellos. Su madre fue Shah Zanán hija de Yazdiyad hijo de Shahriár hijo de Cosroes y se dijo que su nombre era Shahr Bánú.

Emir al-Muminín Alí había nombrado a Haríz ibn Yáber al-Hanafí gobernador de un sector de las provincias orientales y éste le había enviado a dos de las hijas de Yazdiyad bin Shahriár bin Cosró. Él le había dado a Shah Zanán como esposa a su hijo Al-Huseyn y ella había dado a luz a Zayn al-Abidín, la paz sea con él.

Alí ibn Al-Huseyn nació en Medina el año treinta y ocho de la hégira. (660 a.C.) Vivió con su abuelo Emir al-Muminín dos años, con su tío Al-Hasan diez años y con su padre Al-Huseyn once años y tras la muerte de su padre, vivió treinta y cuatro años y falleció en Medina el año noventa y cinco de la hégira, con cincuenta y siete años de edad. (717 a.C.)

El periodo de su Imamato fue de treinta y cuatro años y fue enterrado en el cementerio de Baqí, en la ciudad de Medina, junto a su tío Al-Hasan ibn Alí, la paz sea con ambos.

Él liberó, con sus propios bienes, a mil esclavos, buscando con ello la satisfacción divina y la salvación del Fuego, bienes que había obtenido trabajando con sus propias manos y con el sudor de su frente, a pesar de tener que proveer a su propia familia de aceite, vinagre y dátiles.

Solamente tenía ropa de algodón crudo y si alguna tenía las mangas demasiado largas, pedía unas tijeras y las recortaba.

Vivió los trágicos acontecimiento de Kerbala en los que fueron asesinados su padre Al-Huseyn ibn Ali y setenta y dos de sus familiares cercanos y de los seguidores de su padre por las tropas de Yasid ibn Muawiyah y ese trágico acontecimiento marcó toda su vida de manera que se hizo famoso por sus largas prosternaciones y la abundancia de sus oraciones. Esa dedicación a la adoración le valió el sobrenombre de Zayn ul-Abidín, es decir, La gala de los Adoradores.

Son muy abundantes los relatos que nos hablan de sus nobles virtudes. Citaremos algunos de ellos.

Cierto día, su hijo Abu Yafar (Imam Muhammad Al-Báqer), la paz sea con él, fue a verle y le encontró que había estado adorando a Dios con tanta intensidad como ninguna otra persona era capaz de hacerlo. Estaba amarillento de la vigilia nocturna y sus ojos estaban inflamados de tanto llorar, su frente estaba polvorienta, su nariz aplastada de tantas prosternaciones y sus piernas y pies hinchados de tanto permanecen en pie rezando.

Abu Yafar, la paz sea con él, dijo: «Al verle en ese estado no pude contener mis lágrimas y lloré. Dios tenga misericordia de él. Él se encontraba meditando y, después de un rato, se volvió a mí y me dijo:

«¡Oh hijo mío! Tráeme algunos de esos escritos en los que se relata la adoración de Alí ibn Abi Táleb, la paz sea con él.»

Yo se los llevé y el leyó algo en ellos durante un rato, luego los dejó a un lado con pena, diciendo: «¿Quién tiene fuerza suficiente para igualar la adoración de Alí?»

Se relató que Muhammad ibn Al-Huseyn, dijo: Nos relató Abdelah ibn Muhammad al-Qurashí:

«Cuando Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, realizaba la ablución, se ponía de un color pálido amarillento y alguien de su familia le dijo: «¿Qué es eso que te ocurre?»

Él respondió: «¿Acaso no sabes para ponerte ante Quién te preparas?»

Relató Amru bin Shimr, de Yaber al-Yaafi, que Abu Yafar, la paz sea con él, dijo:

«Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, rezaba mil rakats entre el día y la noche. El viento podía inclinarle como a un tallo de maíz.»

Relató Sufián az-Zaurí, que Ubaydul lah ibn Abde Rahmán bin Mouheb dijo:

«La condición superior de Alí ibn Al-Huseyn le venía dada por su abundante recuerdo de Dios. Él decía: «Es suficiente para nosotros ser de los hombres rectos de nuestra gente.»

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad, de su abuelo, de Salma bin Shabíb, que Ubaydul lah bin Muhammad at-Taymí dijo:

«Escuché a un anciano de los Abd Al-Qays decir que dijo Tábus:

«Llegue a la Hichra (La Caaba) una noche y encontré allí a Alí ibn Al-Huseyn. Él estaba rezando y estuvo en pie como Dios quiere, luego hizo prosternación. Me dije a mí mismo: «Sería bueno escuchar lo que dice en su súplica un hombre recto de la Casa Profética.»

Me acerqué a él y escuche que decía mientras permanecía en prosternación:

Tu siervo está aniquilado ante Ti.

Tu humilde siervo está aniquilado ante Ti.

Tu pobre siervo está aniquilado ante Ti.

Tu suplicante siervo está aniquilado ante Ti.

Y dijo Tábus: «Nunca he suplicado con esas palabras cuando me he encontrado en una dificultad, sin que ella se alejase de mí.»

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad, de su abuelo, de Ahmad bin Muhammad ar-Ráfí, de Ibrahím bin Alí, que su padre dijo:

«Hice mi emigración a La Meca con Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él. La camella en la que iba se movía con gran lentitud y él le dijo: «¡Ay de ti si no fuera por la Ley del Talión!»

Y apartó su mano de ella (sin golpearla).»

Relató Abder Razáq, de Maamar, que Az-Zuhí dijo: «No encontré a ningún otro de la gente de esa Casa – es decir de la Casa Profética- más noble que Alí ibn AlHuseyn.»

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad: Me relató mi abuelo que Abu Yunus Muhammad bin Ahmad le dijo:

«Me relató mi padre y también otro de nuestros compañeros que un joven de Quraix estaba sentado con Said bin Al-Musíb cuando apareció Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él. El joven Quraix preguntó a Bin Al-Musíb:

«¡Oh Abu Muhammad! ¿Quién es ese?»

Él respondió: «Ese es Señor de los Adoradores, Alí ibn Al-Huseyn ibn Alí ibn Abu Táleb, la paz sea con él.»

Me informó Abu Muhammad al-Hasan ibn Muhammad que su abuelo le dijo: Me relataron Muhammad bin Yafar y otros:

«Se paró junto Alí ibn al-Huseyn, la paz sea con él, un hombre de su Casa, hizo que le escuchase y le acusó vilmente y le maldijo, sin que él dijese nada.

Cuando el hombre se hubo ido, dijo a quienes estaban sentados con él: «Ya habéis oído lo que ha dicho ese hombre y quisiera que viniéseis conmigo para que escuchaseis lo que yo tengo que decirle.»

Todos le dijeron: «Eso haremos. Nos hubiera gustado que le hubieses dicho algo y también nosotros decirle algo.»

Y dijo: «Se puso sus sandalias y marchó hacia su casa recitando:

«Y aquellos que contienen su ira y perdonan a las personas, pues Dios ama a quienes hacen el bien.»

Así que nos dimos cuenta de que no le diría nada.

Cuando llegó a la casa de aquel hombre que le había insultado, dijo: «Soy Alí ibn Al-Huseyn.»

El hombre vino hacia nosotros furioso, sin la menor duda de que venía a darle respuesta de lo que él le había dicho, pero Alí ibn Al-Huseyn le dijo:

«¡Oh hermano! Viniste a mí y me dijiste esto y lo otro. Si lo que dijiste de mí es cierto, pido a Dios que me perdone por ello y si lo que dijiste de mí es falso, que Dios te perdone por ello.»

El hombre le besó entre los ojos y dijo: «Lo que dije sobre ti es algo que no está en tí y yo merezco más que tú esos insultos.»

Y el narrador del relato dijo que aquel hombre era Al-Hasan ibn Al-Hasan

Me informó Al-Hasan ibn Muhammad, que su abuelo dijo:

«Un anciano de la gente del Yemen que tenía más de noventa años, me relató que un hombre llamado Ubaydul lah bin Muhammad le había relatado que escuchó a Abder Razáq decir: «Una criada fue a llevarle a Alí ibn Al-Huseyn el agua para que realizase su ablución, pero el jarro se escapó de sus manos y le golpeó en la cabeza.

La criada le dijo: «¡En verdad, Dios dice: ...y aquellos que contienen su ira »

Él dijo: «He contenido mi ira.»

Ella dijo: «y perdonan a las personas»

Él dijo: «¡Que Dios te perdone!»

Ella dijo: «pues Dios ama a quienes hacen el bien.»

Él dijo: «Vete, eres libre ante Dios, poderoso y majestuoso.»

Relató Al-Wáqidí que les contó Abdel lah bin Muhammad bin Umar bin Alí:

«Hishám bin Ismael molestaba a nuestros vecinos y Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, recibió de él una fuerte afrenta. Cuando fue apartado de su cargo, Al-Walíd le ordenó que se presentase ante la gente.»

Y dijo: «Entonces, pasó ante Alí ibn Al-Huseyn que estaba parado junto a la puerta de Marwán y Alí ibn AlHuseyn le saludó.

Alí ibn Al-Huseyn poseía tal elevación que nadie podía herirle.»

Se recogió de Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, que llamó a su criado dos veces y éste no le respondió hasta que no le hubo llamado por tercera vez. Entonces le dijo: ¿Es que no me oíste que te llamaba?

- Sí.- le respondió.

-Entonces ¿Qué te pasaba que no me respondías?

- Me siento seguro de que no me harás nada

Alí ibn Al-Huseyn dijo: «¡Alabado sea Dios que ha hecho que mi criado se sienta a salvo de mí!»

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad: Me relató mi abuelo: Nos relató Abu Nasr:

«Me relató Amru bin Dinár que se presentó la muerte a Zayd bin Usama bin Zayd y comenzó a llorar.

Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, le dijo: «¿Por qué lloras?»

Él dijo: «Lloro porque debo quince mil dinares y no encuentro quien se haga cargo de ellos.»

Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, le dijo: «No llores más porque yo me hago cargo de tu deuda y te libro de ella.»

Y él la pago en su nombre.

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad: Me relató mi abuelo: Nos relató Abu Yafar Muhammad bin Ismaíl:

«Cuando Alí ibn Al-Huseyn hizo la peregrinación a La Meca, las gentes alababan su belleza y le observaban diciéndose unos a otros «¿Quién es ese? ¿Quién es ese?»

Admirándole y magnificando su grado de espiritualidad.

Al-Farasdaq se encontraba presente y compuso este poema:

Es aquel de quien el valle de La Meca conoce sus pasos Y a quien conocen La Kaba y el entorno sagrado.

Él es el hijo del mejor de todos los siervos de Dios Él es el temeroso de Dios, el elegido, el puro, el sabio.

Cuando él se acerca a tocar la esquina de la Kaba Ella reconoce el tacto de la palma de su mano.

Es el que cuida su modestia y está protegido del error Y quien no habla si no es con una sonrisa.

No existe criatura que iguale la superioridad de su alma Ni que alcance las bendiciones que él posee.

Quien conoce a Dios conoce que éste es uno de Sus amigos La religión proviene de la familia de este hombre.

Cuando los Quraix le ven, sus gentes hablan De las cualidades de éste de superior nobleza.

Me informó Abu Muhammad al-Hasan bin Muhammad, de su abuelo, que dijo: Me relató Dawud bin Al-Qásem:

Page | 6

«Nos relató Al-Huseyn bin Zayd, de su tío Umar bin Alí, que su padre Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, solía decir:

«Nunca he visto algo como la preferencia que tiene la súplica, pues el siervo no suplica sin que la respuesta le llegue en cualquier momento sin tener que esperar.»

Musrif bin Uqba aprendió ésta súplica de él cuando se encontró con él camino de Medina:

«¡Oh Señor! Cuántas mercedes me has otorgado y cuán poco ha sido mi agradecimiento por ellas.

Qué poca paciencia he tenido cada vez que me has puesto a prueba con una dificultad.

¡Oh Aquel que recibe tan poco agradecimiento por Sus mercedes! No me prives de ellas.

¡Oh Quien obtiene de mí tan poca paciencia cuando me pone a prueba! No me abandones.

¡Oh Dueño de una generosidad que nunca se acaba!

Y ¡Oh Dueño de una merced ilimitada!

Bendice a Muhammad y a la familia de Muhammad y protégeme del mal, pues, en verdad, yo busco tu protección ante el peligro de que me den muerte y me refugio en Ti del mal que proviene de los hombres.»

Se relató que Alí ibn Al-Huseyn, la paz sea con él, estaba un día en la mezquita del Mensajero de Dios, las bendiciones de Dios y la paz sean con él, cuando escuchó a una gente comparando a Dios Altísimo con Su creación. Aquello le horrorizó, así que se alejó de ellos y fue junto a la tumba del Mensajero de Dios. Se paró ante ella y levantando su voz, comenzó a hablar a su Señor diciendo:

«Dios mío! Se ha manifestado Tu poder pero no se ha manifestado Tu apariencia y por eso Te desconocen y Te valoran de manera inadecuada y Te comparan con Tus criaturas.

Y yo ¡Oh Dios mío! me he apartado de quienes buscan conocerte comparándote con la creación.

No hay nada semejante a Ti ¡Oh Dios mío! Pero ellos no se dan cuenta, cuando las mercedes evidentes de las que disfrutaban y que de Ti provienen sería la mejor prueba sobre

Ti si Te conocieran y en Tu creación ¡Oh Dios mío! está la evidencia de Quien eres. Pero ellos Te identifican con ella.

Por ello, quienes no Te conocen, toman algunas de Tus señales como sus Señores, confundiendo Tus atributos contigo Mismo.

Así pues, Te ensalzo ¡Oh Dios mío! por encima de aquello que Te atribuyen quienes Te comparan.» Page | 7

Aquí terminan los relatos sobre las nobles virtudes de Zayn al-Abidín, la paz sea con él.

Los doctores de la ley sunnitas han transmitido y recopilado numerosos conocimientos procedentes de él.

Sus discursos, súplicas, explicaciones sobre los méritos del Sagrado Corán, juicios sobre lo que es lícito y prohibido, relatos históricos sobre las acciones militares y las batallas en tiempos del Mensajero de Dios, son bien conocidos entre los sabios.

Si quisiéramos recoger todo ello, se alargaría esta obra grandemente y hacerlo nos llevaría mucho tiempo.

Y Dios es quien otorga el éxito a lo que es correcto.

RISALAT AL-HUQUQ
TRATADO DE LOS DERECHOS
DEL IMAM ALI IBN AL HUSAYN (a.s.)

Has de saber, Dios tenga misericordia de ti, que Él tiene derechos sobre ti que incluyen cada movimiento y cada pausa que realizas, cada lugar en el que habitas, cada miembro que mueves o instrumento que utilizas, y algunos de estos derechos son mayores que otros.

El derecho más grande que Dios te ha otorgado, que es la base todos los derechos y del que derivan todos los demás, es el que te obliga con respecto a Él mismo, Bendito y Ensalzado sea.

Luego, lo que Él ha hecho obligatorio para ti respecto a ti mismo, desde la coronilla a los pies, pasando por todos tus miembros. Así pues, tus ojos, tus oídos, tu lengua, tus manos, tus piernas, tu estómago y tus genitales, cada uno de ellos tiene derechos sobre ti, puesto que estos siete miembros son los que utilizas para llevar a cabo tus actos.

Luego, Dios Todopoderoso, ha establecido los derechos de tus acciones sobre ti: tu oración, tu ayuno, tu limosna, tu servicio y demás actos tienen derechos sobre ti.

En cuarto lugar, están los derechos que tienes sobre tus congéneres, los cuales a su vez también tienen derechos sobre ti.

Los derechos más importantes son los de tus guías (Imames) después los de tus subordinados y por último los de tus parientes, de los cuales a su vez surgen otros derechos.

Los derechos de tus guías (Imames) se dividen en tres: los derechos del que te guía en el poder, luego los derechos del que te guía en el conocimiento y por último, los derechos del que te guía en las riquezas. Todo guía es un líder (Imam).

Los derechos de tus subordinados se dividen en tres: los más importantes de ellos son los de quienes son tus subordinados en el poder, luego los de tus subordinados en el conocimiento, ya que el ignorante está subordinado al sabio, y por último los de tus subordinados por la propiedad, ya sea por matrimonio o lo que posees por derecho (esclavos o siervos).

Los derechos de tus parientes son numerosos y dependen del grado de cercanía del parentesco. En primer lugar están los derechos de tu madre, luego los de tu padre, luego los de tus hijos, los de tus hermanos y luego el resto de familiares sucesivamente.

Luego está el derecho de tu señor, que te liberó de la esclavitud, después el derecho de quien tú has liberado o emancipado, luego el del que te beneficia, luego el del que te llama a la oración, luego el del Imam que dirige tu oración, luego el de tu contertulio, luego el de tu vecino, luego el de tu amigo, luego el de tu socio, luego el de tu hacienda, luego el de tu deudor, luego el de tu acreedor, luego el de tu compañero, luego el del demandante que te reclama, luego el del demandado al que tu reclamas, luego el del que te asesora,

luego el del que es asesorado por ti, luego el del que tu aconsejas, luego el del que te aconseja, luego el del que es mayor que tú, luego el del que es menor que tú, luego el del que te pregunta, luego el de aquel a quien tu preguntas, luego el de aquel que te daña con sus palabras o acciones o que se alegra de ello de palabra o de obra, con intención o sin ella, luego los miembros de tu comunidad religiosa en general, luego los que están bajo protección de la comunidad musulmana (minorías religiosas) y por último los derechos provenientes de las circunstancias de la vida y las causas que las producen.

Así pues, afortunado aquel a quien Dios ayuda a cumplir lo que Él hizo obligatorio, favoreciéndolo y dirigiéndolo.

1. Por lo tanto, el mayor derecho de Dios es que tú Le adores sin asociar nada a Él. Si lo haces con sinceridad, Él se compromete a satisfacer tus necesidades en este mundo y en el otro, y a proteger para ti lo que amas de ambos.
2. El derecho que tienes sobre ti mismo es que te exijas la obediencia a Dios y que le concedas a tu lengua sus derechos, a tus ojos sus derechos, a tus manos sus derechos, a tus pies sus derechos, a tu estómago sus derechos y a tus órganos sexuales sus derechos, y que busques la ayuda de Dios para ello.
3. El derecho de la lengua es que la protejas de las malas palabras y la acostumbres a las buenas y que la eduques en los buenos modales y que la mantengas en reposo excepto cuando sea necesario, en beneficio de la religión y de la vida de este mundo. Debes preservarla de las palabras superfluas, innecesarias y poco provechosas, que constituyen un perjuicio y una pérdida de tiempo. Una lengua moderada es un reflejo del intelecto y la madurez de la persona, ya que el sensato engalana su inteligencia con el buen uso de su lengua. Y no hay poder sino el de Dios, el Altísimo, el Inmenso.
4. El derecho del oído es que lo protejas de ser un medio de llegar a tu corazón, excepto para las palabras nobles que le benefician o que te hacen tener un carácter bondadoso, ya que, ciertamente, el oído es la puerta por la que el habla llega al corazón, haciéndole llegar su contenido y significado, ya sea bueno o malo. Y no hay poder sino en Dios.
5. En cuanto al derecho de los ojos, consiste en apartar la mirada de todo lo que no te es lícito y no deshonrarlos, a no ser que con ello obtengas experiencia o adquieras conocimiento, ya que, en verdad, la vista es la puerta de la reflexión.
6. En cuanto al derecho de tus piernas, es que no las uses para dirigirte hacia aquello que te es ilícito, ni las uses como medio para transitar caminos que son causa de humillación para los que los transitan, pues, ciertamente, ellas te llevan por la vía de la religión y del éxito. Y no hay poder sino en Dios.
7. El derecho de tus manos consiste en no tenderlas hacia lo que no es lícito para ti, porque Dios te castigaría por ello en la otra vida y las gentes, con sus lenguas, en ésta. Y en que no las apartes de lo que Dios ha hecho obligatorio para ellas. Hónralas alejándolas de las numerosas cosas que les son ilícitas y extendiéndolas hacia otras muchas cosas que no lo son. Así pues, si son usadas razonablemente y con nobleza en este mundo, la recompensa les aguardará en el otro mundo.
8. En cuanto al derecho de tu vientre, es que no lo conviertas en un recipiente para lo ilícito, sea poco o mucho, que seas moderado con él en lo que es lícito y no lo llesves del punto de fortaleza al punto de debilitamiento y de la pérdida de la salud. Cada vez que

tenga hambre o sed, contrólalo, ya que, ciertamente, la saturación conduce a su propietario a la indigestión, a la pereza y al alejamiento de toda bondad y nobleza. Y, ciertamente, la sed conduce a la persona a la embriaguez, la debilidad, la ignorancia y a la pérdida de la salud.

9. El derecho de tus genitales, es que los protejas de lo ilícito para ti, buscando ayuda en el recato de la mirada, porque esa es la mejor de las ayudas, también recordando mucho la muerte y encomendando tu alma a Dios y atemorizándola con Él. Y a Dios corresponde la pureza y la fortaleza. Y no hay fuerza ni poder sino en Él.

Los derechos de los actos

10. En cuanto al derecho de la oración, consiste en que sepas que ella te lleva hacia Dios y que con ella te pones ante Su presencia. Sabiendo esto, debes adoptar en ella una actitud humilde, atenta, recatada, temerosa, esperanzada, indigente, suplicante. Ensalzando a Aquel que te tiene entre Sus manos, con serenidad, bajando la cabeza, inclinándote suavemente, con las extremidades relajadas y con actitud abierta a la confidencia, suplicándole desde el fondo de tu corazón y buscando en Él la liberación de la esclavitud a la que te someten tus errores y de la destrucción a la que te han conducido tus pecados. Y no hay poder sino en Dios.

11. En cuanto al derecho del ayuno, es que sepas que es un velo que Dios ha colocado sobre tu lengua, tus oídos, tu vista, tu deseo sexual y tu estómago, para protegerte con él del fuego. Y así queda dicho en el dicho profético: “El ayuno es un escudo contra el fuego”. Si mantienes tus miembros en calma tras ese velo, podrás tener esperanza de mantenerte protegido. Por el contrario, si permites que se agiten dentro del velo y que levanten uno de sus extremos, se fijarán en lo que no les conviene observar y ello incita a las pasiones que traspasan los límites del temor de Dios y no estarás a salvo de rasgar el velo y salirte de él Y no hay poder sino en Dios.

12. En cuanto al derecho de la caridad, debes saber que es tu baza ante tu Señor y un depósito que no necesita de testigos. Si sabes esto, estarás más cerca de lo que mantuviste en secreto que de lo que realizaste en público. Preferirás confiarle tu secreto a Él en lugar de anunciarlo públicamente, puesto que, de todos modos, el asunto es un secreto entre tú y Él. Y no busques que la vista y los oídos de la gente atestigüen ante Él la limosna que das como si ellos fuesen más dignos de tu confianza y no confiaras en Él cuando entregas tu depósito.

Luego, no humilles con ella a nadie, pues la limosna es para tu beneficio. Y, si humillas con ella, no estarás a salvo de ser tratado de la misma manera, pues ello es la prueba de que no te quieres, ya que si te quisieras no habrías humillado con ella a nadie. Y no hay poder excepto en Dios.

13. En cuanto al derecho de la ofrenda del cordero durante la peregrinación, consiste en que tu intención sea sincera para tu Señor, abriéndote a Su misericordia y a Su aceptación y no deseando ser visto por los que observan, aparte de Él. Si lo haces así, no serás falso ni pretencioso y tu intención será solo para Dios. Has de saber que el amor a Dios se manifiesta mediante los actos sencillos y no mediante actos complicados, del mismo modo que Él desea para sus criaturas la facilidad y no la dificultad. Así, la humildad es mejor para

ti que el orgullo. Ya que la falsedad y la ostentación son propias de los orgullosos y, en cambio, la humildad y la sencillez no se pueden falsear ni fingir, puesto que ambas son creadas y se dan en la naturaleza. Y no hay poder excepto en Dios.